

# La etnografía corporizada en tiempos de pandemia: ¿A dónde vamos desde aquí?

por **Rebecca Hanson** | University of Florida | r.hanson@ufl.edu

y **Patricia Richards** | University of Georgia | plr333@uga.edu

La pandemia de COVID-19 ha hecho difícil desatender el cuerpo y sus vulnerabilidades. Las actividades cotidianas requieren mucha más planificación y preparación para poder reducir el riesgo. Muchos hemos limitado drásticamente el tiempo que pasamos en espacios públicos para protegernos y proteger a los demás. Y recordamos la fragilidad del cuerpo a diario, cuando los medios reportan el número de vidas que el virus ha reclamado. Predeciblemente, el virus ha acentuado las desigualdades en base a raza, género y clase social. Es más probable que los indígenas y los pobres (que en la mayoría de los países de América son desproporcionadamente gente de color) se vean más afectados por el virus y sus consecuencias económicas. Más aún, ha intensificado la división del trabajo por género, mientras se cierran las escuelas, los deberes hogareños aumentan, y el peso adicional cae sobre las mujeres. Datos de EE. UU., el Reino Unido y Alemania sugieren que, en el contexto de la pandemia, las mujeres pasan más tiempo que los hombres cuidando y educando a los hijos (Adams-Prassl et al. 2020). La vida hogareña se ha visto afectada en otras maneras también; la violencia de parejas íntimas ha aumentado, ya que las víctimas se encuentran obligadas a quedarse cerca de sus abusadores (UNFPA in Theidon 2020).

La pandemia requiere investigaciones de todo tipo. Idealmente, esto incluiría la etnografía, puesto que los y las etnógrafas están en una posición única para proveer descripciones profundas de cómo el virus afecta la vida cotidiana. Pero muchas y muchos investigadores cualitativos se han visto forzados a suspender el trabajo debido a la pandemia, ya que la preocupación por la seguridad —y las reglas universitarias— limitan las posibilidades para el trabajo de campo. Por supuesto, hay un

ejercicio de poder en la habilidad de dejar el campo por lugares que podrían ser más seguros. A la vez, para estudiantes de posgrado y profesores recién iniciados, la pérdida del trabajo de campo puede acarrear una reconfiguración angustiada de sus planes, con potenciales efectos profesionales y económicos de largo plazo.

Para los y las etnógrafas como grupo, la pandemia ha abierto un espacio de interrogación. Los que estaban acostumbrados a entrar al campo con poca o ninguna preocupación por su seguridad se han visto obligados a poner más atención a la vulnerabilidad del cuerpo y al agotamiento que produce tener que considerar constantemente cómo el cuerpo se pone en riesgo. Pero sin una llamada concertada por una autoexaminación colectiva, es probable que esta conciencia se desvanezca cuando las señales más visibles de la susceptibilidad de nuestros cuerpos se vuelvan normalizadas y algunos vuelvan a rutinas que borran el cuerpo de consideración cotidiana.

¿Cómo podemos usar las maneras en que la pandemia ha llamado la atención a las vulnerabilidades corporizadas para pensar acerca del poder, la corporalidad, y el trabajo de campo? ¿Cómo podemos repensar cómo entrenamos a los estudiantes y cómo pensamos acerca de la ética, basado en los problemas subyacentes expuestos por la COVID-19? En nuestro trabajo (2017; 2019), usamos entrevistas con una muestra diversa de investigadores cualitativos —47 mujeres y 9 hombres— para identificar tres estándares que se cruzan entre sí: la soledad, el peligro, y la intimidad (o cercanía) etnográfica. Estos estándares están moldeados por las dinámicas de poder racistas, colonialistas y heteromasculinistas que han estructurado la etnografía, y todas las

disciplinas académicas en general. Nuestras participantes se referían a estos estándares cuando mencionaban las expectativas disciplinarias por un “mejor” trabajo etnográfico. Definimos estos estándares como “fijaciones,” dada la importancia que las entrevistadas le atribuían como normas fundamentales en sus disciplinas. No nos enfocamos mayoritariamente en las experiencias de las mujeres porque solamente su trabajo se ve afectado por estos estándares. Más bien, al examinar las experiencias de las mujeres que han sido marginalizadas en el canon dominante, podemos identificar mejor las presunciones subyacentes acerca de la construcción del conocimiento etnográfico.

Elena, una profesora latina, nos describió una ocasión cuando, siendo joven estudiante de posgrado que llevaba a cabo un trabajo de campo en México, rechazó una invitación para bailar en una fiesta en la pequeña comunidad donde estaba trabajando. Más tarde esa noche, el hombre, acompañado por algunos más, llegó a la casa donde ella vivía sola. Intentaron entrar, presuntamente con la intención de asaltarla. Ella logró abrir una ventana y gritar, y así llegaron al rescate unos vecinos. Elena nunca le contó a nadie (aparte de su marido) esta experiencia y reflexiona: “Creo que la idea en esa época con los antropólogos era que tenías que estar sola, básicamente. Y yo sentí que tenía que manejarlo”.

La creencia de Elena que “tenía que manejarlo” sugiere una comprensión de la etnografía como una “prueba de fuego,” como si endureciendo las dificultades del trabajo etnográfico en soledad una se volviera una buena académica cualitativa. Como ha señalado Gloria González López (2019), el trabajo de campo se ha imaginado colectivamente a través de una mitología masculina. El investigador es un hombre que se siente seguro invadiendo un territorio desconocido completamente solo (una especie de Indiana Jones). Nosotras agregaríamos que este imaginario está arraigado en la historia colonial, que permitió a los etnógrafos ingresar “valientemente” al campo con el apoyo de las fuerzas coloniales.

La valorización del trabajo de campo solitario no sólo existe en las mentes de las investigadoras que entrevistamos. Esta idea se ve reforzada en las clases y en las etnografías que comúnmente se consideran “ejemplares” en nuestras disciplinas.

Varias participantes manifestaron que ser un buen etnógrafo significa hacer “cualquier cosa por los datos”. La creencia que las investigaciones etnográficas de valor requieren confrontar peligro en el campo es la segunda fijación etnográfica. Algunas entrevistadas mencionaron que mientras estaban en el campo perdieron la perspectiva e hicieron cosas que no harían en sus vidas cotidianas. Otras encontraron riesgos directamente vinculados con su corporalidad particular. Bridgette, una socióloga negra cuyo trabajo de campo tuvo lugar en una ciudad estadounidense, notó que debido a los estereotipos acerca de la sexualidad de las mujeres negras ella se ve obligada a navegar la sexualidad en “todo aspecto de mi vida,” incluyendo el trabajo de campo. (Ver también Berry et al. 2017.) Y Clark, un hombre trans, *queer*, y blanco, decidió dejar un bar como sitio de investigación después de que un grupo de hombres gay y un barman intentaron desvestirlo para saber si “había nacido hombre”. Aunque el supervisor de tesis de Clark apoyó su decisión, nos dijo que “ciertamente, nunca en ninguna de mis clases tuvimos una conversación acerca de lo que significa ser *queer* y entrar en el campo en términos de la seguridad.”

Otra razón por la cual nuestras participantes dejaron de lado sus instintos y sus mecanismos internos de protección tiene que ver con la percepción de que las etnografías “peligrosas” son las más glorificadas y premiadas en la academia. Lena, una alumna norteamericana de origen asiático, notó que estos premios muchas veces se asignan tanto por origen étnico como por género, de manera que los sociólogos blancos que entran a lugares presuntamente peligrosos, como lo son los barrios Negros o latinoamericanos son quienes se alzan como las estrellas etnográficas. La glorificación de las etnografías peligrosas no sólo pone a investigadores e investigadoras en peligro, pero también reproduce la exotización de las vidas marginalizadas.

La intimidad etnográfica —o lograr estar tan cerca como sea posible de los participantes, pasando tanto tiempo como sea posible con ellos— es un punto de referencia clave en las mentes de nuestros participantes cuando fueron al campo, y es nuestra tercera fijación etnográfica. Pero para muchas etnógrafas, lograr la cercanía con sus participantes significa enfrentarse a atentados en contra de sus identidades como investigadoras y como mujeres independientes. Significa manejar las emociones y cuidar los egos de sus participantes, y hasta ponerse en situaciones en las que tienen que enfrentar avances sexuales o asaltos. Phoebe, una norteamericana blanca que trabajaba en Brasil, esperó mucho tiempo antes de contarles a su mentor y a sus colegas que su informante clave le había hecho proposiciones. Phoebe era reacia a reportar lo que le pasaba tanto por lo que había aprendido acerca de la importancia de la intimidad, como por las raíces colonialistas de la empresa etnográfica. Le preocupaba reproducir los estereotipos acerca de los hombres latinoamericanos si admitía lo que había experimentado sobre el terreno. Tampoco quería que la vieran como una gringa ingenua que no entendía el papel del poder en la formación del campo y su acceso a él. Cuando por fin se lo contó, muchos respondieron cuestionando sus acciones, sugiriendo que ella debería haberlo anticipado. (Vale decir que esta es la mismísima lógica usada para silenciar a las mujeres sujetas al acoso y violencia en otros contextos.) Phoebe reflexionó: “Me gustaría que tuviéramos conversaciones más honestas acerca de la espada de doble filo que es la intimidad y como esperan que yo la consiga, pero a la vez puede ser usada fácilmente en mi contra en maneras que no son problematizadas ni reflexionadas”.

Esto no quiere decir que la intimidad no sea un estándar discutido en la etnografía, ya que otras especialistas enfatizan la importancia de aspectos como la confianza, la compenetración y los límites en vez de la intimidad. Aun así, la intimidad frecuentemente se alza como la aproximación que puede generar acceso a los mejores datos, aun cuando pone a la investigadora en situaciones que terminan en atenciones o proposiciones no deseadas —echándole la culpa y criticándola cuando esto pasa. Más aún, como Laura Orrico

(2015) ha señalado, el énfasis que se ha puesto en el cuerpo humano como una herramienta por la cual los etnógrafos logran la intimidad, omite los distintos retos con los cuales los y las investigadoras se enfrentan, precisamente debido a lo que sus cuerpos particulares significan.

La dominación persistente de la perspectiva blanca y heteromasculina en la academia tiene un efecto silenciador en las mujeres después de que experimenten contacto sexual indeseado en el campo. Como escribe Eva Moreno al describir su violación a manos de un asistente de investigación hace muchos años: “Un aspecto central de la vida académica es la negación del género en el trabajo, así que “si llamamos la atención a asuntos que son específicos a nosotras como mujeres en el contexto académico, corremos el riesgo de dañar a nuestras identidades como académicas” (Moreno 1995, 256). Los programas de posgrado frecuentemente silencian estos temas, y estos silencios están modulados por raza/etnicidad tanto como el género. Y a pesar de la formación que algunas tenían en metodologías críticas y feministas, cuando se enfrentaron con acoso en el campo, muchas participantes revirtieron a presunciones epistemológicas enraizadas en las experiencias y cosmovisión de las elites masculinas, blancas y heterosexuales acerca de cómo se construye el conocimiento.

La presente pandemia ha subrayado las desigualdades dentro de la academia. Estudios ya han mostrado que las carreras académicas de las mujeres se han visto desproporcionalmente afectadas por la pandemia (Gabster et al. 2020). Adicionalmente, con las conocidas desigualdades de salario ya existentes para las mujeres académicas —particularmente mujeres de color— es probable que los estresores financieros producidos por la pandemia y la recesión económica se sienten aún más entre estos grupos. Para las mujeres, el trabajo de campo se postergará, se reducirá, y tal vez se reemplazará totalmente. Es probable que los y las investigadoras más atentas al carácter interseccional de la opresión tengan menos tiempo y recursos que nadie para el trabajo de campo.

Una alternativa a la cual algunos han acudido en el intermedio es la etnografía digital, buscando usar herramientas online para entender o los mundos virtuales o ciertos aspectos de comunidades de la “vida real”. Como Sneha Annavarapu observó en un panel acerca de la etnografía virtual, organizado por el Center for the Study of Gender and Sexuality de la Universidad de Chicago,<sup>1</sup> los académicos frecuentemente sospechan de los métodos digitales, como si fueran de alguna manera “más livianos” o “menos serios” que los métodos de investigación más establecidos. Pero, Annavarapu indica que la pandemia nos da una oportunidad para reflexionar acerca de la romantización de las interacciones cara a cara, los esfuerzos a largo plazo para establecer la compenetración y la observación directa. Sus reflexiones llaman la atención al grado en el que la etnografía sigue estando envuelta con las dinámicas de poder raciales y de género, tanto como con la imaginación colonial.

Aunque debemos apoyar alternativas a las investigaciones en persona, tenemos que seguir impugnando las fijaciones etnográficas y considerar como la pandemia podría atrincherarlas más. Cuando las fronteras se abran de nuevo y las universidades permitan viajar, es probable que el discurso del peligro, así como los de soledad e intimidad, vuelvan con fuerza. Debemos ser cautelosos con la celebración de estos y estas investigadoras por su valentía y dedicación al oficio, y conscientes de los recursos requeridos por su compromiso intrépido.

La propuesta de la etnografía corporizada que abogamos en nuestro trabajo es una manera de pensar acerca de cómo volcar las fijaciones que hemos discutido aquí. La etnografía corporizada llama a las y los investigadores a reflexionar sistemáticamente acerca de cómo los significados adjuntos al cuerpo, las identidades y la autopresentación estructuran a los procesos de investigación, y las implicaciones que esto tiene para el conocimiento que producimos.

Como una comunidad intelectual, nuestros estándares y procedimientos evaluativos deben demandar una integración más plena de los cuerpos y posicionalidades de las y los investigadores en los cuentos que contamos. Esta aproximación les permite ser más honestos acerca de las relaciones torpes e incómodas de que dependemos para hacer nuestras investigaciones. Tenemos que enseñar que el poder es un aspecto de la etnografía que se mueve y cambia dependiendo de las relaciones y el contexto. Quién gana acceso y la facilidad o dificultad con la que lo hace, nos puede indicar mucho acerca de las relaciones sociales que estructuran el sitio de investigación.

Vale enfatizar que hay mayor probabilidad que se cuestione el trabajo de las personas de color y de las mujeres, muchas veces por la manera particular en que están corporizadas, de modo que genera un riesgo real reconocer estos temas en nuestros textos. La respuesta, sin embargo, no es desechar la reflexividad sino trabajar para cambiar los estándares dominantes que penalizan a los que nunca podrán acceder al arquetipo dominante.

Para que cambien los estándares, tenemos que repensar como entrenamos a los y las estudiantes y reflexionar en los ejemplos que les damos con nuestras prácticas y discursos. Cuando las participantes expusieron sus experiencias de acoso en el campo a sus profesores, pares o colegas, las respuestas que recibieron implícita o explícitamente las alentaban a ignorar el acoso. Algunas participantes recordaron que sus supervisores les dijeron que se aguantaran o se rieron de sus historias, como si fueran tan solo otro momento incómodo que todos los etnógrafos confrontan en el campo. Estos encuentros refuerzan la creencia de que el acoso y otras interacciones sexualizadas son comunes, pero no relevantes al trabajo en curso. De esta manera, las fijaciones ponen un límite a la posibilidad de teorizar o entender nuestras propias experiencias.

<sup>1</sup> “Virtual Turns: Doing Ethnography during and beyond a Pandemic,” YouTube video, Center for the Study of Gender and Sexuality, October 21, 2020, <https://www.youtube.com/watch?v=yL7VXBFQvHs&feature=youtu.be>.

Las y los profesores guías tienen que hablar de estos temas, rompiendo el silencio acerca de sus propias experiencias con el acoso y violencia en el campo, preparando así a los y las estudiantes para lo que podrían enfrentar. El profesorado tiene una responsabilidad particular para descentrar las fijaciones, enfocándose en temas como la confianza, la compenetración, y los límites en vez de la intimidación como la característica definitoria de las relaciones etnográficas. En vez de enfatizar un tipo de relación como la clave a los datos iluminantes, debemos hablar de qué tipos de relaciones llevan a diferentes, pero igualmente buenos, tipos de data. Es más, los profesores y mentores deben construir planes de estudios y bibliografías más inclusivos, descentrando las subjetividades de los hombres *cis-hetero* blancos en el canon etnográfico. Tanto dentro como fuera del aula, los mentores y compañeros necesitan reflexionar en cómo hablan de las relaciones de investigación y cómo responden a las experiencias de acoso, discriminación y sexualización que sus colegas han vivido.

La pandemia presenta una oportunidad para la reflexión colectiva necesaria para rechazar las dinámicas que moldearon las experiencias de nuestros y nuestras participantes, dinámicas que muchas veces operan en detrimento tanto de los y las participantes de investigación como de los y las investigadoras corporizadas en cierta manera. Este es un momento en que los y las etnógrafas deberíamos pausar y considerar como podríamos revisar tanto el entrenamiento de los/las estudiantes como nuestros estándares de evaluación. Se tiende a hablar de la reflexividad como una práctica individual, pero pensamos que es vital considerarla a un nivel más amplio: ¿Qué valoramos —explícita- o implícitamente— como una comunidad intelectual? ¿Qué voces y perspectivas se afirman por la manera en que enseñamos la metodología, revisamos los manuscritos, y guiamos a los y las estudiantes? Como una comunidad, tenemos que considerar cómo volcar los valores que continúan dando prioridad a observaciones e interpretaciones de los mundos sociales que pretenden ser “descorporalizados y neutrales” pero que en realidad son cualquier cosa menos eso.

## Referencias

- Adams-Prassl, Abi, Teodora Boneva, Marta Golin y Christopher Rauh. 2020. "Inequality in the impact of the coronavirus shock: evidence from real time surveys," IZA Institute of Labor Economics discussion paper series. Abril. <https://www.iza.org/publications/dp/13183/inequality-in-the-impact-of-the-coronavirus-shock-evidence-from-real-time-surveys>
- Berry, Maya J., Claudia Cháves Argüelles, Shanya Cordis, Sarah Ihmoud y Elizabeth Velásquez Estrada. 2017. "Toward a Fugitive Anthropology: Gender, Race, and Violence in the Field." *Cultural Anthropology* 32 (4): 537-565.
- Gabster, Brooke Peterson, Kim van Daalen, Roopa Dhatt y Michele Barry. 2020. "Challenges for the female academic during the COVID-19 pandemic." *The Lancet* 395 (10242): 1968-1970.
- González López, Gloria. 2019. Presentación en "Sexual Harassment, Violence, and the Construction of Knowledge" panel en el congreso de la American Sociological Association, New York, 13 de agosto.
- Hanson, Rebecca, y Patricia Richards. 2017. "Sexual Harassment and the Construction of Ethnographic Knowledge." *Sociological Forum* 32 (3): 587-609.
- Hanson, Rebecca, y Patricia Richards. 2019. *Harassed: Gender, Bodies, and Ethnographic Fieldwork*. Berkeley: University of California Press.
- Moreno, Eva. 1995. "Rape in the Field: Reflections from a Survivor." En *Taboo: Sex, Identity and Erotic Subjectivity in Anthropological Fieldwork*, editado por Don Kulick y Margaret Willson, 166-189. New York: Routledge.
- Orrico, Laura A. 2015. "'Doing Intimacy,' in a Public Market: How the Gendered Experience of Ethnography Reveals Situated Social Dynamics." *Qualitative Research* 15 (4): 473-488.
- Theidon, Kimberly. 2020. "A Forecasted Failure: Intersectionality, COVID-19, and the Perfect Storm." *Journal of Human Rights* 19 (5): 528-536.
- UN Fund for Population Activities (UNFPA). 2020. "Impact of COVID-19 on Family Planning and Ending Gender-Based Violence, Female Genital Mutilation and Child Marriage." [https://www.unfpa.org/sites/default/files/resource-pdf/COVID-19\\_impact\\_brief\\_for\\_UNFPA\\_24\\_April\\_2020\\_1.pdf](https://www.unfpa.org/sites/default/files/resource-pdf/COVID-19_impact_brief_for_UNFPA_24_April_2020_1.pdf). //